

En 1973 Castejón regresa a Valencia, donde se reincorpora brevemente al ambiente artístico local, pues un año más tarde se establece definitivamente en Denia. Desde 1969 ha retomado la pintura: primero con unas formas próximas al realismo social de la plástica valenciana del momento, pero enseguida optando por un expresionismo más explícito y desgarrado. Serán obras de una figuración inquietante y expresiva, de notable precisión en los detalles, y en las que se percibe ya tanto el carácter tenebrista como el creciente simbolismo, a veces surrealista, que caracterizará su pintura posterior.

Este *Personatge reduït per les seues pròpies gestes*, pintado en mayo de 1975, señala hasta qué punto el hombre se ha convertido en protagonista referencial de la poética de su obra. Pero se trata de un hombre abordado siempre como materia *trágica*, como algo heroico que ha sido vencido, sometido tras una lucha con el destino y con un mundo adverso. El resultado de este conflicto es lo que refleja insistentemente, como deseando plasmar la épica de la desventura humana. Lo adverso tiene significados específicos en el contexto histórico español, por supuesto. Y en esta imagen de una suerte de guerrero o Marte trágico y vencido, se advierte el peso de unas estructuras opresoras, coactivas del ideal de libertad y dignidad que asiste al hombre.

Pero lo interesante para el arte es el tratamiento expresivo de esa *tragicidad*. Castejón adopta, como ya hemos ido viendo, un lenguaje artístico insólito, quizá ambiguo, en el que destacan, al decir de Román de la Calle, “la inserción de elementos simbólicos, la estrategia figurada de tipo alegórico o la prioridad concedida a la metáfora”.(1) Esto le permite la sugerencia significativa de múltiples connotaciones, todas ellas conseguidas con recursos genuinamente plásticos. En esta figura tales recursos se centran de nuevo en un desgarrado estudio anatómico, en una dramática composición del cuerpo cuyo retorcimiento se refuerza por medio de coseduras que resaltan una musculatura ajada, envejecida, en el límite de la descomposición, un perfecto logro de la simbología de la violencia. La postura difícil permite la analogía surrealista y febril de lo kafkiano pero también la oprimiente sensación del horror y la tortura (mutación simbólica, otra vez, del contexto del tiempo vivido). La paleta de Castejón se acoge a la tradición del claroscuro, a un tenebrismo formal actualizado (cromatismo austero, sobrias gamas viscerales, sepias, ocre), metáfora magnífica, al decir de Caballero Bonald,(2) de un mundo corroído por el peso de la historia. El significado se materializa mediante esta transposición alegórica: el agotamiento de un régimen envilecido, incapacitado por su propio pasado, para responder a las necesidades de sociedad que en los meses siguientes iba a romper con tales ataduras.

NOTAS

1 Castejón. *La realidad de lo imaginario*, Valencia, Cimal, 1981, p. 16.

2 En *Castejón* [cat. exp.], Alcoy, Fundació Lecasse, 1992, p. 7.